

El desorden como clave para entender la dinámica de la escena política mexicana actual.

Diez Juan.

Cita:

Diez Juan (2010). *El desorden como clave para entender la dinámica de la escena política mexicana actual*. V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política. Asociación Latinoamericana de Ciencia Política, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-036/827>

Trabajo preparado para su presentación en el
V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política
“Integración, diversidad y democracia en tiempos del Bicentenario”
organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP)
Buenos Aires, Argentina – 28 al 30 de julio de 2010

**“Una mirada hacia adentro del movimiento zapatista.
Las transformaciones en las articulaciones entre EZLN, comunidades indígenas y
organizaciones sociopolíticas mexicanas”**

Mg. Juan Diez
juand@sociales.uba.ar
IEALC-UBA

Área temática: Política comparada
Subárea: Sindicatos, movimientos sociales y protesta social

Resumen:

La presente ponencia se centra en las transformaciones hacia adentro del movimiento zapatista. Para ello, se distingue entre Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y movimiento zapatista. La propia dinámica del proceso de construcción del EZLN llevó a entrelazarse, durante los primeros años, con las comunidades indígenas en Chiapas y, luego del alzamiento de 1994, con un amplio grupo de organizaciones políticas y sociales, intelectuales y personas que se sintieron interpelados por el EZLN. De la intersección e interacción de estos tres grupos es que se fue conformando el movimiento zapatista, dando lugar a una red política en movimiento donde se produce la convergencia de una amplia diversidad de actores políticos y sociales. Se buscará indagar, entonces, la compleja dinámica interna del movimiento zapatista, así como los cambios que se han ido produciendo en la articulación e interacción de los distintos actores, prestando atención tanto a las convergencias y sus potencialidades como a las tensiones y rupturas.

Desde el levantamiento del primero de enero de 1994, mucho se ha escrito sobre el zapatismo. La mayoría de los estudios y análisis se centran en el principal actor de esos acontecimientos: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). De hecho, gran parte de lo escrito se trata de declaraciones, comunicados, cartas y ensayos del propio EZLN y de su principal portavoz, el Subcomandante Marcos, o trabajos y artículos sobre dicha producción o entrevistas a sus integrantes. Sin embargo, de esta manera se limita mucho el entendimiento de un fenómeno sumamente rico y complejo.

Partimos de la idea de que los movimientos sociales no pueden ser tomados como actores empíricos unificados, sino como construcciones sociales (Melucci, 1999). La tarea de investigación, por lo tanto, debe tener en cuenta su naturaleza diversa y compleja como criterio fundamental. La supuesta unidad es más bien el resultado de una

construcción permanente que pone en juego una amplia gama de procesos, actores, sentidos y formas de acción que interaccionan entre sí dentro de un contexto de oportunidades y restricciones.

En tal sentido, en el marco del presente trabajo se distingue analíticamente entre EZLN y movimiento zapatista. La propia dinámica de construcción del EZLN ha llevado a entrelazarse con las comunidades indígenas chiapanecas y con un amplio grupo de organizaciones, intelectuales y personas que se sintieron interpelados por el EZLN. De la confluencia de estos tres grupos es que se conforma el *movimiento zapatista*.

El EZLN es una organización político-militar con amplia base popular en Chiapas, que tiene una estructura jerárquica subordinada a la dirigencia del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG). El CCRI-CG surgió, ante la gran expansión del zapatismo durante los últimos años de preparación clandestina previos al alzamiento de 1994, como espacio de enlace entre la dirección de la estructura militar del EZLN y las instancias comunitarias de decisión que se dan en las asambleas de las comunidades. De esta manera, la estructura militar se encuentra subordinada al CCRI y, por esa vía, a las asambleas comunitarias.

Justamente las comunidades indígenas son el segundo grupo que compone al movimiento zapatista. Se trata de las comunidades indígenas tzeltales, tzotziles, tojolabales, choles, zoques y mames, ubicadas en la zona de Las Cañadas, Los Altos y el norte de Chiapas, que son la base social del EZLN. Para Leyva Solano (1999) y Rovira (2005), el EZLN incluye ambos ámbitos: la estructura militar y la estructura política compuesta por las comunidades. El principal portavoz del EZLN, el subcomandante Marcos, parecería confirmar esta idea en el libro de Le Bot, donde plantea que “existe el zapatismo del EZLN, en el que están las comunidades y las fuerzas combatientes” (Subcomandante Marcos en Le Bot, 1997:209). Sin embargo, tiempo después, sostiene que “[e]l problema que se está encontrando ahora es que la gente que viene a hablar con las Juntas de Buen Gobierno piensa que ellas son el EZLN, y les hacen preguntas que corresponden al EZLN y no sobre las formas de gobierno” (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:313). En este último texto parecería que se identifica al EZLN únicamente con la estructura militar. Esto quizás esté relacionado con los esfuerzos actuales por separar ambas instancias, como se analiza más adelante en el presente trabajo.

El tercer grupo que conforma al movimiento zapatista está compuesto por diversos actores políticos y sociales, líderes políticos, académicos, organizaciones e individuos de México y de otros países del mundo que se articulan a partir del levantamiento de enero de 1994 en apoyo a la lucha del EZLN y convergen con sus ideas y metas políticas. De los tres, es el que tiene una mayor diversidad, heterogeneidad y dispersión territorial y es, quizá, donde se han producido las mayores tensiones y rupturas.¹

El movimiento zapatista se conforma, entonces, a partir de la intersección e interacción de estos tres elementos, dando lugar a una red política en movimiento donde se produce la convergencia de una amplia diversidad de actores políticos y sociales, con diferentes compromisos y participaciones, que comparten referencias simbólicas, metas políticas y cierto sentido de pertenencia (Leyva Solano, 1999). Sin lugar a dudas, el

¹ El presente trabajo se centra en lo que Guiomar Rovira (2005) denomina como *zapatismo civil ampliado mexicano*, dejando de lado el *zapatismo transnacional* que, en general, no presenta las tensiones que atraviesan a los grupos dentro de México más obligados a tomar postura frente a la coyuntura y a actuar en la compleja realidad nacional.

EZLN ocupa una posición central por ser el núcleo detonador y por la importancia de sus iniciativas y discursos, pero el movimiento en su conjunto lo desborda.² Sin embargo, la articulación de los distintos actores que componen el movimiento se genera a través de la reinterpretación y recreación de la matriz discursiva y simbólica del zapatismo, para adaptarla a los contextos y demandas particulares. De ahí que no se puede ver al movimiento en su conjunto como un actor unificado, un bloque homogéneo y monolítico, ni siquiera hacia adentro de los tres grandes grupos, sino como una articulación compleja en constante movimiento y reconfiguración, siendo justamente este elemento dinámico uno de los sellos distintivos del zapatismo.

Por lo tanto, en el presente trabajo se busca indagar, a partir de la revisión de la bibliografía sobre el tema y de las entrevistas y observación participante que realicé en México en septiembre de 2007, la compleja dinámica interna del movimiento zapatista, así como los cambios más recientes que se han ido produciendo en la articulación e interacción de los distintos actores que lo forman, prestando atención tanto a las convergencias y sus potencialidades como a las tensiones y rupturas. La idea que se sostiene en este trabajo es que el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena de principios de 2001 supuso importantes transformaciones hacia adentro del movimiento zapatista, en particular en lo que hace a las articulaciones con las comunidades indígenas zapatistas, los partidos políticos y con diversas organizaciones y colectivos a lo largo del territorio mexicano.

Del levantamiento a la conformación del movimiento zapatista

En la madrugada del primer día de 1994, el EZLN tomó varias cabeceras municipales del sureño estado mexicano de Chiapas y dio a conocer su Declaración de la Selva Lacandona, donde le declaraba la guerra al ejército mexicano y al presidente ilegítimo Carlos Salinas de Gortari, al tiempo que convocaba al resto del pueblo a unírsele en su “avance liberador” hacia la Ciudad de México para luchar por once demandas: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz.

Este acontecimiento generó la reacción de una parte significativa de la sociedad mexicana en apoyo a sus demandas y, sobre todo, a favor de una solución pacífica al conflicto. Ante la cobertura mediática tanto nacional como internacional y las repercusiones en distintos sectores de la sociedad, las y los zapatistas modificaron su estrategia. La opción armada inicial fue quedando de lado frente a un accionar más político, centrado en la palabra como una de sus principales armas.

De cualquier manera, como señala Gloria Muñoz Ramírez (2004), este cambio era posible por algunas concepciones desarrolladas desde antes del alzamiento durante el

² De hecho, una de las características más destacadas del movimiento zapatista que es el uso de las nuevas tecnologías y, en particular Internet, no estuvo originalmente impulsado por el propio EZLN o el Subcomandante Marcos como muchas veces se piensa, sino que se fue dando como una iniciativa de algunos activistas y periodistas que se sintieron interpelados por los acontecimientos en Chiapas y el discurso zapatista. Por ejemplo, como señala Rovira (2005), la primera página electrónica sobre el zapatismo “Ya basta!” (www.ezln.org), por ejemplo, la crearon por su cuenta dos estudiantes de Estados Unidos, los hermanos Paulson, en 1995. Ya desde antes, otras personas habían empezado, de manera espontánea, a traducir comunicados y notas que se difundían por Internet y correos electrónicos. Recién en 1999, con motivo de la Consulta Nacional por el Reconocimiento de los Derechos de los Pueblos Indígenas y por el Fin de la Guerra de Exterminio, el EZLN creó su página oficial bajo el dominio ezln.org.mx.

proceso de organización en la selva. Fundado en noviembre de 1983 por tres indígenas y 3 mestizos, el EZLN tuvo muchas dificultades al principio para entrar en contacto con las comunidades. El discurso marxista del grupo armado chocaba contra las concepciones y universos culturales de las comunidades indígenas. Esto significó la primera “derrota” del EZLN y el comienzo de una dinámica que después volverían a utilizar en otras ocasiones (Le Bot, 1997). A medida que el trabajo del grupo guerrillero entró en contacto con las comunidades, fue entrecruzándose con varias redes organizativas y sus liderazgos que se habían venido conformando desde los años sesenta, haciéndose en muchos casos de una base social de apoyo que ya compartía una cierta identidad y experiencias colectivas. De esta manera, el EZLN se fue transformando a través del encuentro de distintas ideologías y propuestas políticas, que iban desde las propuestas de liberación de las comunidades eclesíásticas, las luchas agrarias, las utopías indígenas, los movimientos estudiantiles y el marxismo-leninismo, dando como resultado algo distinto a cada una de esas ideologías y propuestas (Hernández Navarro, 2000).

Todo esto contribuyó a que ya existieran ciertos elementos y una dinámica previos que permitieron al EZLN afrontar una segunda “derrota” ante el rechazo de diferentes sectores de la sociedad frente a la estrategia político-militar³ y acompañar el surgimiento del movimiento zapatista como una amplia red en torno al EZLN a través de la insistencia en la convocatoria a encuentros y articulaciones entre diversas organizaciones e individuos para discutir y buscar soluciones a los grandes problemas nacionales. De esta manera, la configuración misma del zapatismo como una red política en movimiento refleja en sí una de sus demandas.

Estos cambios del proyecto político se reflejaron en junio de 1994 con la Segunda Declaración de la Selva Lacandona, donde llamaron a una Convención Nacional Democrática (CND) que diera oportunidad de lucha a las fuerzas políticas legales de oposición. Las y los zapatistas ya no llamaron al pueblo a levantarse en armas junto al EZLN, sino que el llamado se dirigió a “la Sociedad Civil [para] que retome el papel protagónico que tuvo para detener la fase militar de la guerra y se organice para conducir el esfuerzo pacífico hacia la democracia, la libertad y la justicia” (EZLN, Segunda Declaración, 1994). La CND reunió en el poblado chiapaneco de Guadalupe Tepeyac a más de seis mil personas de diversas organizaciones y personalidades de diferentes tendencias políticas. También sirvió como lugar de los primeros acercamientos del EZLN con Cuauhtémoc Cárdenas y las bases cardenistas del Partido de la Revolución Democrática (PRD).⁴ Pese a que desde un primer momento el EZLN planteó que su proyecto no se orienta a la toma del poder estatal ni a la participación en elecciones, las y los zapatistas buscaron espacios de diálogo y alianzas con el PRD.

Para varios autores (Bellinghausen, 2005; de la Rosa, 2006; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000; Pitarch, 1998), junto con el cambio en su estrategia hubo un cambio en su discurso. La resonancia social y política del zapatismo se logró mediante un discurso que, en forma paralela al pasaje de la estrategia militar a una más política, fue desplazándose desde un lenguaje revolucionario tradicional presente en los primeros documentos, hacia un mayor énfasis en el diálogo con la sociedad para impulsar un

³ La primera reacción de la mayoría de los partidos políticos, intelectuales e, incluso, algunos sectores de la izquierda mexicanos, fue criticar la opción armada del EZLN (Bellinghausen, 2005). Sin embargo, conforme éste se fue identificando como una organización indígena en lucha por la democratización de México, el apoyo a la legitimidad de las demandas se sobrepuso al rechazo por la vía armada.

⁴ Para un análisis más detallado de los encuentros y desencuentros entre el EZLN y el PRD, véase Diez (2009b).

proceso profundo de democratización. El propio discurso zapatista se volvió dialógico, transformándose y enriqueciéndose con las reacciones y respuestas que fue generando (Bellinghausen, 2005; Duhalde y Dratman, 1994).

La producción discursiva zapatista se caracteriza por diversos discursos yuxtapuestos que producen una voz colectiva heterogénea y una identidad colectiva multifacética que facilita la convivencia de diferentes grupos, demandas y discursos agraristas, indianistas, de izquierda, pro democráticos, de género, antineoliberales (Leyva Solano, 1999; Leyva Solano y Sonnleitner, 2000). A través de esta estrategia, logran tender puentes de cercanía e identidad con una amplia gama de organizaciones e individuos, dando a cada uno elementos comunes de referencia que, sin dejar de dar espacio a su particularidad, les permite identificarse con el zapatismo (de la Rosa, 2006). Como se señaló anteriormente, esa posibilidad está dada ya desde la conformación del propio movimiento zapatista que no se construye a partir de una identidad indígena cerrada, sino más bien de una constelación (Holloway, Matamoros y Tischler 2008), donde se articulan varias experiencias de lucha de las comunidades indígenas, de las guerrillas, de la teología de la liberación, de los movimientos populares mexicanos.

El movimiento zapatista aparece así interpelando a varios actores y niveles de localidad. Se construye como un movimiento polisémico, donde los diversos colectivos, grupos y fuerzas políticas se llevan una idea propia de la lucha zapatista a sus ámbitos particulares, desencadenando una multiplicidad de interpretaciones simbólicas (Leyva Solano y Sonnleitner, 2000). Algunos grupos ven esta característica como falta de definiciones o incoherencias ideológicas. Por el contrario, parecería que el EZLN ha buscado justamente evitar una definición demasiado cerrada y estricta de su proyecto político, ya que excluiría a muchos de las organizaciones, grupos y personas implicadas en esta amplia red de movimientos, en la que encontró una efectiva arma imprevista a su favor (Le Bot, 1997; Rovira, 2005).

Otro elemento que permitió la amplia convergencia entorno a las y los zapatistas fue la habilidad para articular sus demandas con una potente crítica al Estado y el régimen político mexicanos. Dada la presencia de un Estado históricamente fuerte que ha funcionado como principio unificador de la sociedad mexicana, este rasgo ha permitido, en contrapartida, revueltas generalizadas y generalizables en contra del adversario estatal compartido (Zermeño, 2001). De ahí que el alzamiento zapatista pudo presentarse como un conflicto nacional y no sólo local, y al mismo tiempo funcionó como un catalizador de las luchas y descontentos de muy distintas organizaciones, grupos y personas. Justo al alzamiento armado, el movimiento zapatista inició una guerra contra el Estado a fin de arrebatarle los símbolos que monopolizó durante años (Volpi, 2004). Los formidables elementos simbólicos dentro del imaginario social así como los lazos identitarios construidos a lo largo de la historia mexicana resultaron un recurso fundamental para atraer a muchas mexicanas y mexicanos críticos al autoritarismo y rigidez del régimen de partido de Estado. Así, el enfrentamiento con el Estado y la singularidad del sistema político mexicano también contribuyeron a dar forma al movimiento zapatista (Leyva Solano y Sonnleitner, 2000).

De esta manera, desde su surgimiento, el movimiento zapatista fue recorriendo un largo proceso de (re)configuración de su proyecto político y del propio movimiento a través de un diálogo e interacción con distintos actores sociales y políticos, así como de una multiplicidad de iniciativas, que han ido desde las mesas de negociación con el gobierno en San Cristóbal de Las Casas y San Andrés, la Convención Nacional Democrática, miles de caravanas y movilizaciones, foros especiales para los pueblos indígenas, consultas, el Frente Zapatista de Liberación Nacional, debates, encuentros (y

desencuentros) nacionales e internacionales, la Marcha por la Dignidad Indígena para la pedir la sanción de una reforma constitucional sobre derechos y cultura indígenas, hasta la conformación de los Caracoles y Juntas de Buen Gobierno y, más recientemente, el lanzamiento de la Sexta Declaración y la *otra campaña*.

La Marcha por la Dignidad Indígena como punto de inflexión

El triunfo de Vicente Fox, del Partido Acción Nacional (PAN), en julio de 2000, al poner fin al predominio priísta en la presidencia después de 71 años pareció abrir la posibilidad de cambios. De hecho, aún siendo candidato, la falta de oficio político del panista hizo ofrecer al movimiento zapatista la resolución del conflicto de Chiapas “en quince minutos”. Tan así que una de las primeras medidas de gobierno fue el envío de la propuesta de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa)⁵ al Congreso de la Unión para su aprobación. Las y los zapatistas no desaprovecharon la oportunidad y elevaron la apuesta anunciando una marcha de la comandancia del EZLN hacia la capital para exigir al Congreso la sanción de dicha propuesta.

La Marcha por la Dignidad Indígena fue una gran apuesta política del zapatismo al buscar, nuevamente, apelar a las instituciones políticas mexicanas para darle una solución a los problemas de los pueblos indígenas, como ya lo había intentado con la fuerza de las armas el primero de enero de 1994. A diferencia de aquel momento, ahora contaba con un reconocimiento trabajosamente construido a lo largo de siete años de diálogos, encuentros y otras iniciativas, y que se reflejó en las movilizaciones y en los apoyos generados tanto en México como en otras partes del mundo. En esta ocasión no eran las armas sino el poder de la palabra y los símbolos, junto al amplio proceso de movilización generado durante el recorrido por varios estados del sur y centro de México y las miles de personas reunidas en el Zócalo de la Ciudad de México a principios de 2001.

Con esta iniciativa, el movimiento zapatista buscó cerrar el ciclo iniciado con los Acuerdos de San Andrés, en 1996, durante el cual logró trabajosamente colocar la cuestión de los derechos, la cultura y la autonomía indígenas en el centro de los grandes debates nacionales y contar con una fuerte legitimidad en importantes sectores de la sociedad. Durante cuatro años, la iniciativa de ley fue debatida por pueblos indios, intelectuales, legisladores, juristas, antropólogos, analistas, organizaciones sociales y expertos en asuntos indígenas de varios países. Ese apoyo se puso de manifiesto durante la marcha con el apoyo de intelectuales, escritores y artistas mexicanos e internacionales⁶, y sobre todo a través de las miles de personas que concurrieron a los múltiples actos realizados durante el recorrido y que concluyó en la Ciudad de México con un Zócalo colmado por más de 200 mil personas (Muñoz Ramírez, 2004).

Sin embargo, a pesar del gran proceso de movilización que suscitó la marcha, la reforma constitucional, aprobada por los tres principales partidos políticos (PRI, PAN y PRD) dentro del Congreso a fines de abril, fue contraria a las exigencias del movimiento zapatista. El desenlace legislativo se apartó totalmente de los Acuerdos de San Andrés y de la propuesta de la Cocopa, que contaba con un amplio consenso no sólo entre las y los zapatistas, sino también en otros sectores de la sociedad. Incluso, en varios aspectos

⁵ La Cocopa se formó en 1995 con miembros de las distintas fuerzas políticas que tenían representación en el Congreso. Este grupo desempeñó un rol activo en la firma de los Acuerdos de San Andrés entre el gobierno y el EZLN en febrero de 1996 y en la elaboración de un anteproyecto de ley que diera rango constitucional a dichos acuerdos.

⁶ José Saramago, Noam Chomsky, Pablo González Casanova, Gabriel García Márquez, Alain Touraine, Manuel Castells, Carlos Monsiváis, Manuel Vázquez Montalbán, entre otros.

significativos resultó un claro retroceso de lo que existía previamente en la Constitución y en legislaciones locales, permitiendo hablar más bien de una contrarreforma indígena (Ceceña, 2001).⁷

De este modo, la Marcha por la Dignidad Indígena y la movilización de principios de 2001 no tuvieron el éxito esperado frente a la estructura de oportunidad política que parecía abrirse con el triunfo de un candidato no oficial después de más de setenta años de régimen priísta. Este triunfo había hecho pensar en un cambio de escenario político más democrático, de mayor apertura del sistema político. Por el contrario, se constituyó un escenario de estabilidad del sistema en su conjunto.

Esta nueva “derrota” para el movimiento zapatista, como otras en su historia, supuso un cambio importante en su proyecto político y en el propio movimiento. El desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena implicó la necesidad de reconfigurar una vez más dicho proyecto y dar un nuevo salto en dos direcciones específicas: la consolidación del proceso de construcción de autonomías en las comunidades zapatistas, como salió a la luz en 2003 con la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno; y la articulación de un *espacio* político y social a nivel nacional, a través de la *otra campaña*, que supuso la salida por primera vez del EZLN a todo el territorio mexicano con el fin de conocer y unir las diversas luchas y proyectos alternativos. Esta última decisión se dio a conocer en junio de 2005 con lanzamiento de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona.

El desenlace de la Marcha puso en evidencia que la sola movilización no basta para lograr algún tipo de cambio. Es necesaria la articulación de un amplio movimiento político y social que reclame y sostenga dicha transformación. Se requiere, por lo tanto, de un extenso proceso de acumulación de fuerza que altere la correlación a favor de la reforma constitucional y que, además, la pueda hacer efectiva. Más importante aún, llevó a tratar de articular los distintos proyectos concretos que están actualmente buscando desarrollar lógicas alternativas, otras formas de pensar y hacer política.

Por lo tanto, el desenlace de la Marcha por la Dignidad Indígena dio lugar a importantes transformaciones hacia adentro del movimiento zapatista en lo que respecta a las comunidades zapatistas en Chiapas, la relación con los partidos políticos y la articulación con diversas organizaciones y colectivos a lo largo del territorio mexicano.

Las transformaciones en las comunidades zapatistas

La sanción de la reforma constitucional en abril de 2001, contraria a las demandas zapatistas, llevó a profundizar el proceso de construcción de autonomías⁸ en las comunidades indígenas en Chiapas.

⁷ Mientras que el proyecto de ley de la Cocopa establecía que las comunidades indígenas eran *entidades de derecho público*, la nueva ley dice que son *entidades de interés público*, es decir, no como sujetos de derecho, sino como objetos de atención y protección por parte del Estado. Otra de las diferencias de la reforma es que omite la referencia a *territorio* y habla en cambio de *lugares*, despojando así a los pueblos indios del espacio físico y material para el ejercicio de la autonomía y privando el acceso de manera colectiva a los recursos naturales. Dicho acceso queda limitado por las formas y modalidades de propiedad y tenencia de la tierra ya establecidas en la Constitución y por los derechos ya adquiridos por terceros. Asimismo, en el texto aprobado se impide la posibilidad de asociarse regionalmente, pudiendo abarcar varios pueblos como lo preveía la Ley Cocopa, se omite la posibilidad de remunicipalización de los territorios en los que están asentados los pueblos indios para que puedan reconstituirse como tales, y se limita el establecimiento de circunscripciones electorales indígenas, sólo para cuando sea factible tomar en cuenta a las comunidades.

Al agotarse la lucha por el reconocimiento constitucional, las y los zapatistas emprendieron un profundo proceso de reestructuración de sus comunidades y municipios autónomos, tratando de avanzar en la construcción de la autonomía “en los hechos”. Desafiando a la clase política mexicana, plantearon que la autonomía se puede construir en la práctica, sin necesidad de reconocimiento legal. Como resultado, en agosto de 2003, se anunció la creación de los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno (JBG). Estos nuevos espacios intentan superar algunos problemas que habían ido surgiendo en el proceso de construcción de las autonomías. A medida que se fue avanzando en dicho camino, se habían venido evidenciando las diferencias entre las distintas comunidades indígenas (dando lugar, en algunos casos, a tensiones entre las distintas comunidades), especialmente en el contacto y apoyo de los diversos grupos y organizaciones nacionales e internacionales. De ahí que una de las funciones principales de las JBG es establecer mejores espacios de coordinación entre las comunidades zapatistas y otras organizaciones de México y de otros lugares del mundo para la distribución equitativa de los apoyos y proyectos, tomando en cuenta las necesidades de cada municipio y estableciendo un plan más amplio. Al mismo tiempo, los cambios también tienden a ampliar los beneficios de la autonomía a todos los miembros de la comunidad sin distinción de filiación política, a fin de intentar reducir las confrontaciones que en algunos casos se producen entre comunidades zapatistas y no zapatistas. Esta cuestión es sumamente compleja, ya que, por un lado, en muchos casos los conflictos no son entre comunidades, sino hacia dentro de una misma comunidad donde cohabitan zapatistas y no zapatistas⁹ y, por otro lado, existen intereses, políticas de gobierno (inversión en caminos, hospitales y escuelas, así como subsidios, créditos y planes de vivienda) y el permanente accionar militar y paramilitar que contribuyen a generar o fomentar estas polarizaciones entre ambos grupos. Así, el reto de las JBG es reconstruir el tejido social regional (Burguete, 2005).

Con todo, a través de estos esfuerzos, las y los indígenas zapatistas están procurando llevar a la práctica su proyecto democrático, cuyo pilar fundamental se encuentra en el principio de *mandar obedeciendo*. Tal concepto implica una dinámica sociocultural que trasciende los estrechos límites de la democracia representativa y electoral. No se trata simplemente de invertir las relaciones de representación, donde mande el pueblo y el gobierno obedezca. Se busca cambiar las relaciones en todas sus dimensiones. En ese mismo sentido, junto a la construcción de formas de autogobierno, se ha avanzado en la impartición de justicia y en la creación de programas de salud y de educación propios así como en una amplia red de otros colectivos y servicios públicos. De esta manera, no sólo representan una alternativa a las democracias electorales, ni tampoco se trata tan sólo de desplazar o sustituir al Estado, ya sea por la falta de presencia del mismo reflejado en la inexistencia de escuelas o centros de salud en varias zonas chiapanecas, o

⁸ Este proceso autonómico es el que está en la base y permite articular las distintas acciones del movimiento zapatista en términos de avances, retrocesos e intensidad. Como sostiene el subcomandante Marcos “no es lo mismo cómo están organizadas las bases de apoyo del EZLN para la guerra, a cómo se organizan para dialogar con el gobierno o con la sociedad civil, o para resistir, o para construir la autonomía, o para construir formas de gobierno, o para relacionarse con otros movimientos, o con otras organizaciones, con la gente que no es movimiento ni tiene organización” (Subcomandante Marcos en Muñoz Ramírez, 2004:280).

⁹ Esta situación plantea una gran complejidad puesto que la mayoría de los municipios autónomos zapatistas no abarcan territorios continuos ni tienen delimitaciones claras, haciendo que en el mismo espacio geográfico operen municipios “oficiales” y “autónomos”. Esto da lugar a situaciones sumamente diversas: de gran tensión y oposición en algunos casos, pero también de convivencia y cooperación en otros (Van der Haar, 2005). Al mismo tiempo, como se señaló, dentro de una comunidad zapatista es común que haya familias o miembros no zapatistas (generalmente ex zapatistas, aunque no solamente).

por la política zapatista de negarse a establecer vínculos o recibir ningún servicio estatal (Burguete, 2005).¹⁰ El desafío es construir, no sólo espacios de resistencia al gobierno mexicano, sino nuevas prácticas y relaciones, entendidas en sentido amplio y en todas las dimensiones de la vida cotidiana.

Los años transcurridos no sólo hacen posible ir consolidando la experiencia e introducir cambios para superar las dificultades encontradas, sino que también han llevado a una renovación al interior del EZLN y de las propias comunidades. Las y los que eran niñas y niños en el levantamiento de 1994, ahora son jóvenes que han crecido y se han formado en la lucha y el proceso autonómico zapatistas. Estas y estos jóvenes adquirieron su socialización política primera directamente en el zapatismo, haciendo que tengan una visión del mundo no tan matizada por otras experiencias como aquellas personas más grandes que se formaron en otras luchas o ámbitos, por ejemplo como agentes pastorales o líderes campesinos. De esta manera, se da una mayor identificación con el movimiento zapatista, reforzando la identidad y permitiendo abrir un proceso de cambios en la vida comunitaria y en las orientaciones de la acción colectiva (Estada Saavedra, 2007).

A su vez, estos avances, aprendizajes y recambio generacional en las comunidades han ido volviendo innecesarios algunos intermediarios que quizás habían requerido en el pasado. En ese sentido pueden verse los discursos dados en varios de los últimos encuentros zapatistas por los propios miembros de las JBG y los municipios autónomos, y ya no por el subcomandante Marcos o algún miembro de la Comandancia General del EZLN. Desde la perspectiva del zapatismo, esta iniciativa es la consecuencia lógica para lograr reducir las tensiones que se generan dentro de su proyecto político centrado en el rechazo, por parte del EZLN, a la estrategia de toma del poder.

Con las JBG se procura ir superando una de las mayores tensiones dentro del movimiento zapatista, al buscar la separación de la estructura militar del EZLN respecto de las tareas de gobierno que les corresponde a los municipios autónomos y las JBG. Según disposiciones tomadas por las y los zapatistas, el EZLN no debe de influir en las decisiones y sólo puede participar en ellas como defensor frente a los posibles ataques. De esta manera, se busca resolver la persistente tensión que viene del origen mismo del movimiento zapatista al constituir un ejército –esto es, una organización jerárquica– cuyo objetivo principal es la democratización de las relaciones sociales. Como plantean las y los zapatistas, el suyo es un ejército que lucha paradójicamente para dejar de serlo y para que no haya más necesidad de que existan ejércitos. Si bien la organización del EZLN fue una decisión necesaria para la declaración de la guerra como “una medida última pero justa” (EZLN, Primera Declaración, 1993), ahora resulta uno de los principales obstáculos para avanzar en la concreción de su proyecto político.

Previamente, el movimiento había buscado atenuar esas contradicciones a través de la construcción de una compleja organización en la cual el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General (CCRI-CG), formado por miembros de las comunidades zapatistas siguiendo el modelo de las asambleas indígenas, se encuentra por encima de la estructura militar. De manera tal que, pese a la estructura jerárquica del EZLN, éste se halla subordinado a las disposiciones de las asambleas comunitarias. A su vez, discursivamente, se había pretendido presentar esta tensión como el sustento de su sorprendente capacidad de cambio. Así, a través de su producción discursiva, es precisamente la cuestión de transformarse a sí mismos el dilema principal del proceso de construcción democrática que impulsa el movimiento

¹⁰ Esta política ha generado varias tensiones, rupturas y deserciones dentro del movimiento zapatista.

zapatista. De todos modos, lo cierto es que, como las propias y propios zapatistas reconocen en la Sexta Declaración, la parte militar sigue teniendo un rol importante en la toma de decisiones y representa un fuerte obstáculo para el proceso de democratización por el que ellas y ellos mismos luchan (EZLN, Sexta Declaración, 2005).

De cualquier manera, a las tensiones internas se suman dificultades dadas por las particulares condiciones en las que se desarrolla el proyecto político zapatista en Chiapas. De hecho, uno de los obstáculos externos más fuertes que enfrentan para la desaparición del EZLN como ejército es el contexto de militarización y hostigamiento hacia las comunidades que existe desde el alzamiento y recrudecido en el último tiempo. Esta situación muestra que la realización del proyecto zapatista depende de una multiplicidad de factores, que no todos están al alcance de las y los zapatistas. Héctor Díaz-Polanco sostiene que la importancia de las Juntas de Buen Gobierno radica “en que trasciende o puede trascender la particular realidad chiapaneca” (Díaz-Polanco, 2006:46). Para este investigador, la creación de instancias autonómicas a nivel regional es la expresión más clara de que las autonomías no pueden concebirse como pequeñas entidades aisladas, sino que requieren articular y coordinar esos esfuerzos a través de un gran movimiento político, social y cultural para avanzar en la construcción de un proyecto democrático para cada vez más amplios sectores de la sociedad. Visto de esta manera, el proceso autonómico zapatista bien puede verse no como un modelo a copiar, pero sí como un horizonte a construir pensando y recreando las autonomías en las condiciones concretas en las cuales se encuentran los distintos grupos, colectivos y personas. De ahí que, al mismo tiempo que el movimiento zapatista no puede pensarse desvinculado del proceso de construcción de las autonomías en las comunidades indígenas chiapanecas, éstas se relaciona estrecha y recíprocamente con el resto de los actores que forman el movimiento zapatista. De ahí que la transformación en los municipios autónomos y las JBG deban verse en articulación con la publicación, en junio de 2005, de la Sexta Declaración y la iniciativa de la *otra campaña* que buscaron redefinir la política de alianzas internas del movimiento zapatista.

La ruptura con los partidos políticos

La reforma constitucional de 2001, al ser aprobada con el voto de los tres principales partidos políticos, significó la ruptura de las relaciones entre el movimiento zapatista y tales partidos. A su vez, la ratificación de dicha reforma por los Congresos locales así como la decisión de no intervenir por parte del Poder Ejecutivo Federal y de la Suprema Corte alegando que era un asunto que correspondía al Congreso en su calidad de Constituyente, el EZLN los tomó como el cierre de la vía institucional y, por consiguiente, como la ruptura definitiva con el sistema político en su conjunto. Este hecho vino a clausurar varios años de búsqueda de diálogos y acuerdos con el gobierno y con los partidos políticos, como fueron los Diálogos de la Catedral en 1994 y los Acuerdos de San Andrés en 1996.

Esta decisión fue ratificada con el lanzamiento de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, marcando una de las mayores rupturas en relación al proyecto político zapatista previo (Diez, 2009a). La nueva declaración buscó resolver una de las tensiones en las anteriores formulaciones del movimiento zapatista que se planteaba entre la disyuntiva de apelar a las instituciones, como en la Primera y la Quinta Declaración, o hacerlo a través de la construcción de una alternativa “desde abajo”, en la sociedad, como convocaron en la Segunda, Tercera y Cuarta Declaración. A partir de la Sexta,

como sostiene Luis Garrido (2005), “los zapatistas no otorgan ya el beneficio de la duda a la clase política”. La decisión recayó claramente en la segunda opción, al enfatizar la necesidad de pensar el cambio a nivel de las prácticas sociales. La lucha ya no busca apelar al sistema político y a las instituciones, sino que se centra en la construcción de un proyecto entre las distintas personas, grupos y organizaciones que se encuentran en resistencia, tal como se planteó con la iniciativa de la *otra campaña*.

Asimismo, resulta necesario destacar que no es el rechazo a los partidos políticos la cuestión central de la Sexta Declaración. En dicho documento, la oposición está construida en torno al sistema capitalista. Si la crítica a los partidos tiene un lugar relevante no es por los políticos o los partidos en sí, sino porque permite poner en evidencia una manera específica de hacer política. Como lo plantea claramente el texto de la Sexta Declaración: “¿Estamos diciendo que la política no sirve? No, lo que queremos decir es que ESA política no sirve. Y no sirve porque no toma en cuenta al pueblo, no lo escucha, no le hace caso, nomás se le acerca cuando hay elecciones” (EZLN, Sexta Declaración, 2005).

Por lo tanto, contrariamente a algunas críticas, queda claro que no es una actitud o discurso antipolítico el que orienta a las y los zapatistas a partir de la Sexta Declaración. Más bien buscan construir desde otro lado y recuperar una noción alternativa de qué entender por política. Para Carlos Montemayor (2005) “la cuestión fundamental planteada por el EZLN creo que es más profunda y clara: convocar al reordenamiento de la izquierda y del cambio social del país no desde la perspectiva de las cúpulas de poder, sino desde las bases sociales. Porque, en efecto, suelen olvidar los políticos que entre las elites de poder un país se ve diferente desde la realidad de los pueblos”.

De cualquier manera, si bien para este escritor mexicano resulta claro y, a su vez, la declaración empieza y repiten reiteradas veces que apelan a la “palabra sencilla” para que el mensaje resulte más comprensible y directo, pareciera en principio paradójico que es quizás la declaración más malinterpretada, incomprendida, polemizada y hasta ignorada por muchas y muchos, e incluso por algunas y algunos que antes decían entender al zapatismo (Hernández Alpízar, 2006). En parte, esto se debe a que la Sexta Declaración y, sobre todo, algunos textos e intervenciones del subcomandante Marcos en el contexto de la nueva iniciativa, tuvieron un lenguaje más simple, pero a la vez mucho más duro, que se distanció del discurso abierto que caracterizaron a las declaraciones y comunicados zapatistas previos. No fueron pocos los partidarios e intelectuales que apoyaban la causa y las acciones del movimiento zapatista, pero que a partir de la Sexta Declaración rechazaron o criticaron duramente el lenguaje y las decisiones de las y los zapatistas. Por la contundencia de las denuncias hacia el PRD y su candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador, el movimiento zapatista polarizó fuertemente la opinión dentro de la izquierda mexicana. Más aún, a diferencia de lo que posiblemente se previera al comienzo de la nueva iniciativa de que, a partir del contraste entre la campaña electoral y la *otra campaña*, la gente optaría por volcarse mayoritariamente a ésta última, las elecciones y el conflicto postelectoral terminaron generando el alejamiento de varios grupos, organizaciones y, especialmente, intelectuales que apoyaban o simpatizaban con el movimiento zapatista en el pasado. En la percepción de muchas mexicanas y mexicanos, la lucha electoral de 2006 adquirió un atractivo inusitado en la política mexicana puesto que se constituyó como la disputa entre dos proyectos opuestos de país representados por las candidaturas de López Obrador y Calderón.

Como destaca Pérez Ruiz (2006), la historia misma del movimiento zapatista pone en evidencia que varias de las tensiones y dificultades para articularse con otras

organizaciones políticas, campesinas e indígenas mexicanas estuvieron atravesadas por las diferencias de posiciones frente a las elecciones y el Estado. Esta situación no es privativa del movimiento zapatista. La cuestión del Estado y las elecciones, al plantear la disyuntiva entre participar o no, las más de las veces ha llevado a la ruptura de los procesos organizativos de los sectores populares (Zermeño, 2001). La mayoría de las organizaciones terminan divididas, o sus dirigentes son reprimidos o cooptados a través de cargos políticos o programas sociales.

Para quienes suscriben la perspectiva zapatista en el proceso de la *otra campaña* reconocen que resulta difícil hacer entender por qué no seguir la estrategia de lucha a través del Estado y de las elecciones. Plantean que se trata de ir contra una necesidad, un imaginario político, bastante generalizado de “querer ver los cambios” (Entrevista colectiva con Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). De ahí que una buena cantidad de personas siga poniendo sus esperanzas en algún candidato o un partido que genere cambios más rápidos desde el Estado, mientras que las transformaciones que propone el movimiento zapatista se ven como más lentas y más a largo plazo. En tal sentido, más allá de los debates y críticas que puedan hacer, una parte significativa de personas y organizaciones sigue viendo al Estado como un interlocutor privilegiado y un actor central dentro de la estrategia de cambio. Estas visiones se refuerzan mucho más dentro de la cultura política fuertemente estatal y paternalista, interiorizada profundamente en la mayoría de las mexicanas y mexicanos.

A su vez, la polémica abierta con el PRD y López Obrador tuvo también costos importantes a nivel de los medios de comunicación, y especialmente del periódico *La Jornada*. Desde su fundación en septiembre de 1984, este periódico había ido ganando gran reconocimiento al dar lugar a voces de la sociedad que otros medios ignoraban y al apoyar distintas expresiones de las luchas políticas y sociales. De ahí que no llamó la atención que, a partir del alzamiento zapatista de 1994, se convirtiera en una caja de resonancia de la palabra zapatista, publicando todos los comunicados del EZLN y realizando una amplia cobertura de las distintas iniciativas del movimiento. De esta manera, Sin embargo, a raíz de las fuertes críticas hacia el PRD y López Obrador por parte de los comunicados zapatistas desde 2005, *La Jornada* disminuyó notoriamente la atención a las palabras y actividades zapatistas (Liera, 2008).¹¹ Esta situación, si bien se trató de suplir a través de los medios de comunicación alternativos, no cabe duda que ha resentido la dinámica de la *otra campaña* puesto que la misma buscaba visibilizar las distintas luchas y resistencias que hay en México aprovechando la capacidad mediática del EZLN.

La otra campaña: nuevos intentos de articulación y sus desafíos

La principal iniciativa de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona es la realización de una serie de encuentros con distintos sectores de la sociedad mexicana en el marco de la campaña nacional con otra política, por un programa nacional de lucha de izquierda y por una nueva Constitución, más conocida como la *otra campaña*.

¹¹ El cambio en la línea editorial del periódico probablemente se puede entender a partir del hecho de que el director fundador, Carlos Payán, fue senador por el PRD y, a su vez, *La Jornada* es el principal medio escrito beneficiado por la publicidad del Gobierno del Distrito Federal que se encuentra en manos de dicha fuerza política. Con todo, pese a la reducción de la cobertura, cabe señalar que sigue siendo uno de los medios de comunicación masiva que hace mayor referencia al zapatismo, especialmente a través de la labor periodística de Hermann Bellinghausen junto con otras y otros corresponsales, y de los análisis y notas de opinión de varios de sus columnistas.

Gran parte de las primeras reacciones frente a la aparición de la Sexta Declaración que se generaron entre varios grupos y simpatizantes había sido cómo apoyar ahora a las y los zapatistas. Pero a diferencia de la Primera Declaración que terminaba con un “Intégrate a las fuerzas insurgentes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional” o de lo que se venía dando en los últimos años y, sobre todo, a partir de la Quinta Declaración, donde las y los zapatistas pedían la solidaridad con la lucha por los pueblos indios, con la Sexta y la *otra campaña* hay un cambio significativo en el movimiento zapatistas, en el cual se insistió reiteradas veces a lo largo del recorrido: “No venimos como otras veces a decir apóyennos, simpatiza con nuestra lucha. Venimos a decirles: vamos a unir nuestra lucha, tú como joven, como mujer, como maestro, como trabajador agrícola, como estudiante, como trabajador del mercado, transportista -lo que sea cada quien-, vamos a unir nuestras luchas, y vamos a echar acuerdo para juntos empezar a transformar” (EZLN, Reunión en Parque Centenario, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 5 de enero de 2006).

La propuesta es hablar y escuchar a otras organizaciones, grupos o personas con quienes ir aprendiendo y construyendo un proyecto político. No resulta arbitrario trazar ciertas similitudes con la dinámica de hablar, escuchar y aprender que se fueron entrelazando para dar forma al propio EZLN durante los años de trabajo clandestino en Chiapas previo al levantamiento de 1994.¹² La *otra campaña* aparece, a su vez, como expresión de la necesidad política de superar el aislamiento y la vulnerabilidad en la cual se encuentra el movimiento zapatista desde hace un tiempo. Son conscientes que el conflicto ha ido perdiendo centralidad y, al igual que en los años posteriores a los Acuerdos de San Andrés, sienten que el aislamiento político puede ser aprovechado para el recrudescimiento de las hostilidades por parte de grupos militares y paramilitares.

De todos modos, la nueva iniciativa zapatista no deja de presentar desafíos y tensiones tanto hacia fuera en relación al contexto en el cual se inscribió, como hacia dentro en la articulación de las distintas luchas y grupos a nivel nacional.

Por un lado, los conflictos sociales desatados en San Salvador Atenco y en Oaxaca durante 2006 alteraron el proceso de la *otra campaña*, al reducir la ya escasa cobertura de los medios de comunicación que resultaba fundamental para la visibilización de las distintas luchas. Al mismo tiempo, la criminalización de la protesta social y el aumento de las prácticas represivas que se pusieron de manifiesto a partir de esos conflictos, hicieron que gran parte de las y los participantes de la *otra campaña* centraran sus esfuerzos organizativos en la búsqueda de acciones contra la represión y de solidaridad con las presas y presos políticos. Tal situación no hizo más que profundizarse tras la asunción de Calderón que, con su política de guerra contra el narcotráfico y el crimen organizado, llevó a una creciente militarización y el aumento de presiones políticas contra las comunidades indígenas zapatistas y contra otras luchas sociales, en busca de minar las bases del movimiento así como reducir el espacio para el accionar político. Sumado a estos elementos, como se mencionó anteriormente, la campaña electoral y los conflictos electorales también modificaron el esquema en que fue pensada la *otra campaña* y la dinámica de la confrontación social, haciendo que muchas organizaciones, intelectuales y personas se alejaran del movimiento zapatista.

¹² Pese a las similitudes, también hay algunas diferencias con aquel primer momento de gestación del EZLN. Quizás la más importante sea que, producto de la propia experiencia y aprendizaje del zapatismo, dicho proceso no está enmarcado en un proyecto político-militar, sino para llevar adelante un cambio, sin que otros grupos y personas tengan que recurrir a las armas (Cfr. Subcomandante Marcos, 2007).

Por otra parte, hacia adentro de la *otra campaña* se constituyeron, a grandes rasgos, tres tendencias (Subcomandante Marcos, 2007). Una conformada por los grupos u organizaciones más tradicionales que tienen una estructura centralizada, vertical y con mecanismos de representación. Otra tendencia compuesta por colectivos sobre todo de jóvenes o que tienen trabajo en el ámbito cultural –como los medios electrónicos alternativos–, que buscan crear una estructura organizativa más horizontal y ponen el énfasis en la autonomía y las experiencias autogestivas. La tercera gran vertiente es la de los pueblos indios.

Por parte de las tres grandes tendencias hubo, y siguen existiendo, permanentes desconfianzas sobre el rumbo y las características de la *otra campaña*. Una de las cuestiones que volvió a mostrar la nueva iniciativa zapatista es que más allá de la relación de solidaridad entre quienes participan de la *otra campaña* y de la identificación con las ideas centrales del zapatismo, existe una gran diversidad de formas organizativas, posiciones ideológicas y procesos de lucha que convergen dentro del movimiento. Pese a la convocatoria abierta, o justamente por esa razón, uno de los desafíos que se presentaron en el proceso de la *otra campaña* es la presencia de una multiplicidad de posiciones, historias y propuestas que en algunos casos no son fácilmente compatibles o articulables. A la par de estas diferencias, apareció el reto de lograr superar los dogmatismos y los sectarismos entre los muy diversos grupos y colectivos, que subyacen en distinto grado y más o menos abiertamente en el lenguaje, actitudes y recelos, que dificultan “llevar a la práctica el rollo de escuchar al otro” (Intervención de un miembro de un colectivo de Querétaro en «El Otro Seminario», Querétaro, 9 de septiembre de 2007).

Una de las tensiones que pone en evidencia más claramente el proceso actual es que varios de los elementos del proyecto zapatista quizás “cierran bien en lo discursivo, pero cuesta llevarlos a la práctica y a la construcción concreta” (Intervención de un participante en «El Otro Seminario», Querétaro, 9 de septiembre de 2007). Precisamente, el principal desafío interno que enfrenta el movimiento zapatista en la *otra campaña* es llevar a la práctica los principios que forman parte de su proyecto político, rompiendo con esquemas culturales y políticos fuertemente arraigados. De hecho, la iniciativa zapatista no ha estado exenta de ciertas prácticas verticalistas tanto del EZLN como de otros grupos y organizaciones que forman la *otra campaña*.

A pesar de estas cuestiones, algunos de los colectivos, organizaciones y personas que participan en la *otra campaña* reconocen que la iniciativa ha servido para que “varios grupos se encuentren y trabajen de forma conjunta o bien que encuentren sus diferencias y decidan que no hay afinidad para chambearle” (Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2007). Para este colectivo participante de la *otra campaña* en el Distrito Federal, la experiencia justamente muestra que hay diferentes posiciones, historias y procesos que hacen que unos se acerquen y otros se alejen; pero que, de todos modos, se pueden construir ciertos consensos para coordinar e impulsar acciones conjuntas. Aunque son conscientes que el “problema no es decirlo sino hacerlo y construir los métodos para ello” (Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2007).

Con todo, la Sexta Declaración y la *otra campaña* redefinieron el trabajo de muchos grupos, potenciándolo, al abrir un espacio de comunicación, conocimiento, intercambio y articulación con otras experiencias y organizaciones en todo el país, muchas de las cuales resultaban poco o prácticamente nada conocidas previamente (Entrevista con el colectivo Jóvenes en Resistencia Alternativa, Ciudad de México, 24 de septiembre de 2007). Aprovechando la legitimidad y consiguiente convocatoria del EZLN, la *otra campaña* dio un significativo impulso para la convergencia y la conformación de redes

entre los diversos grupos y organizaciones, que hubieran sido mucho más difíciles de impulsar desde esos mismos grupos por separado.

Así, la imagen de *punte* tan recurrente en la producción discursiva del movimiento zapatista volvió a aparecer como metáfora para pensar la fase actual: “El EZLN puede ser el puente interno, ya no para que el resto del país o del mundo conozca a las comunidades indígenas, sino para que el resto del país o del mundo se conozca a sí mismo, abajo, por donde está” (Subcomandante Marcos, 2007:70). Si bien a nivel nacional todavía no se cuenta con una estructura organizativa fuerte entre las organizaciones y personas que forman parte de la *otra campaña*, en ámbitos más reducidos, algunos colectivos y grupos han atravesado el puente, encontrándose por donde están, organizando actividades y proyectos conjuntos y generando espacios de reflexión, sin la presencia o iniciativa directa del EZLN.

Cabe recordar que, si bien el EZLN es quien lanzó la iniciativa, la dinámica se sostiene a través del trabajo, a veces silencioso y sin la mirada de los medios de comunicación, de todos los grupos, organizaciones y personas que adhirieron a la Sexta Declaración y participan del proceso. Uno de los aciertos y fortalezas de la *otra campaña* es el énfasis dado al trabajo, con o sin las y los zapatistas, “en el nivel local, con nuestros propios medios. Sobre todo evaluarnos, criticarnos, mirarnos al espejo y preguntarnos lo que somos, lo que sabemos hacer, lo que estamos haciendo, lo que llevamos hecho, lo que podemos hacer más adelante, fijar objetivos, pues” (Rojo, 2006).

Algunas reflexiones finales

El análisis del zapatismo no puede centrarse únicamente en el EZLN, sino en la diversidad de actores que dan sustento a variadas dinámicas de acciones sociales comprendidas dentro del movimiento zapatista. Conviene, por lo tanto, analizar el proceso político en sentido amplio en lugar de focalizarse en un actor u organización. Es que la propia dinámica de construcción del EZLN llevó, durante los primeros años de organización clandestina en la Selva Lacandona, a entrelazarse con las comunidades indígenas de Las Cañadas y Los Altos de Chiapas y, después del alzamiento, a interactuar y converger con diversas organizaciones, colectivos y personas. A partir de la interacción de estos distintos actores es que se fue conformando el movimiento zapatista, dando lugar a una red política en movimiento.

Como lo muestran el propio movimiento zapatista así como otras experiencias históricas y recientes, las articulaciones sociales construidas en base a la convergencia de iniciativas abren espacios para potenciar la capacidad de acción de los distintos grupos, al tiempo que generan instancias de politización de otras redes, actores o personas. Asimismo, este tipo de acciones colectivas funcionan como un multiplicador simbólico (Melucci, 1999): hace visible el poder, obliga a los aparatos a justificarse, a hacer pública su lógica y mostrar la debilidad de sus razones. En sociedades como las actuales, donde el poder se vuelve cada vez más anónimo y difuso, incorporándose a prácticas y mecanismos informales, el hecho de hacerlo visible es un logro sumamente importante.

Asimismo, las últimas transformaciones del movimiento parecerían mostrar más claramente un distanciamiento del modelo tradicional de organización política, desplazando la lucha centrada en el sistema político hacia formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y que buscan más bien modificar matrices culturales. En tal sentido, este desplazamiento refleja un cambio en la esfera de acción puesto que “no

luchan meramente por bienes materiales o para aumentar su participación en el sistema. Luchan por proyectos simbólicos y culturales, por un significado y una orientación diferentes de acción social” (Melucci, 1999:48).

Uno de los retos más importantes y más difíciles a los que se enfrenta no sólo el movimiento zapatista sino cualquier lucha que busque un cambio profundo, es visibilizar y contrarrestar las relaciones de poder que se generan continuamente en las interacciones sociales, incluso hacia adentro de los propios movimientos y organizaciones populares. Por consiguiente, resulta imprescindible revisar, criticar y reflexionar sobre las propias prácticas y luchas para evitar (re)producir las relaciones de dominación y subordinación.

El reto, ciertamente complejo, resulta en cómo efectivamente acompañar, articular y complementar, como parte de la resistencia y de la construcción de alternativas, los múltiples proyectos concretos que en cada situación particular se oponen a los modelos dominantes. En esta cuestión subyace quizás uno de los más grandes desafíos que enfrenta actualmente el movimiento zapatista, justamente al tratar de llevar a la práctica su proyecto político. Como advierten las propias y propios zapatistas en la Sexta Declaración y otros colectivos y personas en la *otra campaña*, el problema no está tanto en decir, sino en hacer, en llevar a cabo el proyecto político zapatista en las prácticas y la construcción concretas.

Como se intentó mostrar en este trabajo, estos esfuerzos plantean ciertamente importantes desafíos y tensiones. Pero el análisis del movimiento zapatista resulta sumamente sugerente si se asume justamente como lo que es: como un proceso no lineal ni ausente de contradicciones, y, por esta misma razón, en constante movimiento y transformación. Como sostiene Angel Lara (2005) “el zapatismo es un verbo que se escribe en gerundio, sin miedo a transformarse para seguir luchando por transformar el mundo”.

Bibliografía

BARTRA, Armando (2005), “Dilemas históricos y actuales de las luchas populares en México”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 139-179.

BELLINGHAUSEN, Hermann (2005), “La lenta digestión de la palabra zapatista”, en Colectivo Situaciones, *Bienvenidos a la Selva. Diálogos a partir de la Sexta Declaración del EZLN*, Tinta Limón, Buenos Aires, diciembre, pp. 243-251.

BRANCALEONE, Cassio (2009), “A experiência de autogoverno zapatista em questão”, en *Memorias XXVII Congreso ALAS 2009*, Buenos Aires.

BURGUETE, Araceli (2005), “Una década de autonomía de facto en Chiapas (1994-2004): los límites”, en Pablo Dávalos (comp.), *Pueblos indígenas, Estado y democracia*, CLACSO, Buenos Aires, 239-278.

CECEÑA, Ana Esther (2001), “El dictamen del Senado, a favor del Plan Puebla Panamá y no de los derechos indígenas”. Disponible en: <http://www.ezln.org> [Consultado el 28 de agosto de 2001]

CENTRO DE ANALISIS POLÍTICO E INVESTIGACIONES SOCIALES Y

- ECONÓMICAS (2007), “Cara de guerra: Un Ejército Federal Mexicano, unos Pueblos Indígenas, un Territorio”. Disponible en: <http://enlinea.capise.org.mx/> [Consultado el 20 de marzo de 2008]
- DE LA ROSA, Isabel (2006), “¿Qué es el zapatismo? La construcción de un imaginario rebelde (1994-2001)”, en *El Cotidiano* N° 137, vol. 21, México, mayo-junio, pp. 7-17.
- DIAZ POLANCO, Héctor (2006), “Caracoles: la autonomía regional zapatista”, en *El Cotidiano*, vol. 21, N° 137, México, mayo-junio, pp. 44-51.
- DIEZ, Juan (2009a), *Una revolución que haga posible la revolución. Las transformaciones del proyecto político zapatista a partir de la Sexta Declaración*, Ediciones Al Margen, La Plata.
- DIEZ, Juan (2009b), “Dilemas y desafíos de la nueva fase del movimiento zapatista”, en *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 3, N° 1, Murcia, pp. 123-136.
- DUHALDE, Eduardo y DRATMAN, Enrique (1994), *Chiapas: la nueva insurgencia. La rebelión zapatista y la crisis del Estado mexicano*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.
- ESTRADA SAAVEDRA, Marco (2007), *La comunidad armada rebelde y el EZLN. Un estudio histórico y sociológico sobre las bases de apoyo zapatistas en las Cañadas tojolabales de la Selva Lacandona (1930-2005)*, El Colegio de México, México.
- GARRIDO, Luis Javier (2005), “La Sexta”, en *La Jornada*, México, 8 de julio.
- HERNÁNDEZ ALPÍZAR, Javier (2006), “No a la confusión”, en *Zapateando 2*. Disponible en: <http://zapateando2.wordpress.com/2006/09/13/no-a-la-confusion/> [Consultado el 17 de septiembre de 2006].
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis (2000), “Zapatismo: la interacción del color”, en *El Cotidiano* N° 100, vol. 16, México, marzo-abril, pp. 58-70.
- HOLLOWAY, John, MATAMOROS, Fernando y TISCHLER, Sergio (2008), *Zapatismo. Reflexión teórica y subjetividades emergentes*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.
- LARA, Ángel (2005), “El nuevo desafío zapatista”, en *La Jornada*, México, 4 de julio.
- LE BOT, Yvon (1997), *Subcomandante Marcos. El sueño zapatista*, Editorial Plaza & Janés, México.
- LEYVA SOLANO, Xóchitl (1999), “De las Cañadas a Europa: niveles, actores y discursos del nuevo movimiento zapatista (1994-1997)”, en *Desacatos* N° 1, CIESA, México.
- LEYVA SOLANO, Xóchitl y SONNLEITNER, Willibald (2000), “¿Qué es el neozapatismo?”, en *Espiral* N° 17, vol. VI, México, enero-abril, pp. 141-160.
- MARTÍNEZ ESPINOZA, Manuel (2007), “Democracia en rebeldía: Las Juntas de Buen Gobierno del movimiento zapatista”, Ponencia presentada en el *V Congreso Europeo CIESAL de Latinoamericanistas*, Bruselas, abril.
- MELUCCI, Alberto (1999), “Teoría de la acción colectiva”, en *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México, pp. 25-54.

- MONTEMAYOR, Carlos (2005), “Las dos campañas”, en *La Jornada*, México, 11 y 12 de agosto.
- MUÑOZ RAMÍREZ, Gloria (2004), *EZLN: el fuego y la palabra*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- PÉREZ RUIZ, Maya Lorena (2006), “El EZLN y el retorno a su propuesta radical”, en *Cultura y representaciones sociales*, año 1, N° 1, México, pp. 33-65.
- PINEDA, Enrique (2005), “Tres bifurcaciones para entender al zapatismo”, en *Revista Contracultural*, Buenos Aires, julio.
- PITARCH, Pedro (1998), “Zapatistas. De la revolución a la política de la identidad”, en *América Latina Hoy* N° 19, Madrid, pp. 5-11.
- ROJO, César (2006), “¿Qué pasa con la Otra Campaña?”, en *Zapateando*. Disponible en: <http://zapateando2.wordpress.com/2006/08/25/%c2%bfque-pasa-con-la-otra-campana/> [Consultada 17 de marzo de 2008]
- ROVIRA, Guiomar (2005), “El zapatismo y la red transnacional”, en *Razón y palabra* N° 47, México, octubre-noviembre.
- SUBCOMANDANTE MARCOS (2007), “Balance de la *Otra campaña* (diciembre de 2006)”, entrevista de Raymundo Reynoso, en *Contrahistorias* N° 8, México, marzo-agosto, pp. 57-72.
- VAN DER HAAR, Gemma (2005), “El movimiento zapatista de Chiapas: dimensiones de su lucha”, en *LabourAgain*, IISH, Ámsterdam.
- VOLPI, Jorge (2004), *La guerra y las palabras*, Seix Barral, Barcelona.
- ZERMEÑO, Sergio (2001), *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, Siglo XXI Editores, México, 3ª edición.